

Mary Kaldor
LAS NUEVAS GUERRAS
La violencia organizada en la era global

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia

4

KRITERIOS
TUSQUETS
EDITORES

Título original: *New & Old Wars. Organised violence in a global era*

1.ª edición: septiembre 2001

© Mary Kaldor, 1999 y 2001

© de la traducción: María Luisa Rodríguez Tapia, 2001
Diseño de la colección: Lluís Clotet y Ramón Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
www.tusquets-editores.es
ISBN: 84-8310-761-9
Depósito legal: B. 33.044-2001
Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Papelera del Leizarán, S.A.
Impresión: A & M Gràfic, S.L.
Impreso en España

Índice

Agradecimientos	9
Abreviaturas	11
1. Introducción	15
2. Las viejas guerras	29
3. Bosnia-Herzegovina: estudio de una nueva guerra	49
4. La política de las nuevas guerras	93
5. La economía de guerra globalizada	119
6. Hacia una perspectiva cosmopolita	145
7. Gobernanza, legitimidad y seguridad	177
Epílogo	195
Apéndices	
Notas	213
Índice onomástico	235

organismo ejecutor de ACNUR, lo que me permitió recorrer el país durante la guerra para ayudar a los activistas locales. Asimismo tuve la suerte de poder acceder a las diversas instituciones encargadas de aplicar las políticas de la comunidad internacional; como presidenta de la ACH, una de mis tareas consistía en presentar, junto con otros, las ideas y propuestas de las secciones locales a gobiernos e instituciones internacionales como la UE, la OTAN, la OSCE y la ONU. Como universitaria, pude completar y situar en su contexto esos conocimientos adquiridos mediante lecturas, conversaciones con colegas que trabajaban en ámbitos relacionados y proyectos de investigación realizados para la Universidad de las Naciones Unidas (UNU) y la Comisión Europea.¹² Sobre todo, me fueron de gran ayuda los boletines, resúmenes de noticias, solicitudes de ayuda e informes de seguimiento que ahora es posible recibir a diario a través de Internet.

El objeto de este libro es no sólo informar, aunque he intentado dar información y respaldar mis afirmaciones con ejemplos. Su meta es ofrecer una perspectiva diferente, la perspectiva derivada de las experiencias de personas de mente crítica que se encontraban sobre el terreno, filtradas por mi propia experiencia en diversos foros internacionales. Es una contribución a la reconceptualización de los modelos de violencia y guerra que debe llevarse a cabo si queremos detener las tragedias enraizadas en muchas zonas del mundo. No soy optimista, pero mis sugerencias prácticas pueden parecer utópicas. Las ofrezco llena de esperanza, no de confianza, como única alternativa a un futuro siniestro.

Como a Clausewitz le gustaba destacar, la guerra es una actividad social.¹ Incluye la movilización y organización de hombres, casi nunca mujeres, con el propósito de infligir violencia física; entraña la regulación de ciertos tipos de relaciones sociales y posee su lógica particular. Clausewitz, que posiblemente fue el mayor defensor de la guerra moderna, insistía en que no se podía reducir ni a un arte ni a una ciencia. En ocasiones, comparaba la guerra con la competencia en el mundo de los negocios y muchas veces usaba analogías económicas para ilustrar sus argumentos.

Toda sociedad posee su forma característica de guerra. Lo que solemos considerar como guerra, lo que los políticos y jefes militares definen como guerra, es, en realidad, un fenómeno específico que tomó forma en Europa entre los siglos xv y xviii, aunque desde entonces ha atravesado distintas fases. Fue un fenómeno íntimamente ligado a la evolución del Estado moderno. Tuvo varias etapas, como intento mostrar en el cuadro 2.1: desde las guerras relativamente limitadas de los siglos xvii y xviii, relacionadas con el poder creciente del Estado absolutista, a las guerras de tipo más revolucionario del siglo xix, como las guerras napoleónicas o la guerra civil norteamericana –ambas unidas a la instauración de naciones-estado– y, de ahí, a las guerras totales de principios del siglo xx y la imaginaria guerra fría de finales de siglo, que eran guerras de alianzas y, posteriormente, bloques. Cada una de esas fases se caracterizó por una modalidad bélica diferente, con distintos tipos de fuerzas militares, estrategias y técnicas, diferentes relaciones y diversos medios de lucha. Sin embargo, a pesar de esas diferencias, se

Cuadro 2.1 La evolución de las viejas guerras

	Siglos XVII y XVIII	Siglo XIX	Principios del siglo XX	Finales del siglo XX
Tipo de gobierno	Estado absolutista	nación Estado	coaliciones de Estados; Estados multinacionales; imperios	política de bloques
Objetivos de la guerra	razones de Estado; conflicto dinástico; consolidación de fronteras	conflicto nacional	conflicto nacional e ideológico	conflicto ideológico
Tipo de ejército	mercenarios/profesionales	profesionales/servicio obligatorio	ejércitos de masas	elite científico-militar/ejércitos profesionales
Técnica militar	uso de armas de fuego, maniobras defensivas, asedios	ferrocarril y telégrafo, movilización rápida	potencia de fuego a gran escala; tanques y aviones	armas nucleares
Economía de guerra	regularización de los impuestos y préstamos	expansión de la administración y la burocracia	economía de movilización	complejo militar-industrial

podía ver que la guerra era el mismo fenómeno: una construcción del Estado moderno territorial, centralizado, «racionalizado» y jerárquicamente ordenado. Ahora, igual que ese Estado moderno territorial y centralizado deja paso a nuevos tipos de sistemas de gobierno, derivados de los nuevos procesos globales, la guerra, tal como la concebimos en la actualidad, está convirtiéndose en un anacronismo.

Este capítulo pretende ofrecer una descripción esquemática de las viejas guerras. Aunque la guerra de verdad nunca coincidió exactamente con una descripción esquemática. Este tipo de guerra fue, sobre todo, europeo. Siempre hubo rebeliones, guerras coloniales o guerras de guerrillas, tanto en Europa como en otros lugares. A veces se calificaban de «guerra irregular» o no se consideraban guerras, simplemente. Se las denominaba levantamientos, insurgencias o, en los últimos tiempos, conflictos de baja intensidad. No obstante, este concepto esquemático de guerra es el que sigue influyendo profundamente en nuestras ideas sobre el tema y domina, todavía hoy, la concepción que tienen los políticos de la seguridad.

La guerra y la aparición del Estado moderno

Clausewitz definía la guerra como «un acto de violencia destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad».² Esta definición implicaba que «nosotros» y «nuestro enemigo» eran Estados, y la «voluntad» de un Estado se podía definir con claridad. Por tanto, la guerra, en la definición de Clausewitz, es un conflicto entre Estados por un objetivo político definible, es decir, por intereses de Estado.

El concepto de guerra como una actividad de Estado no se estableció realmente hasta finales del siglo XVIII. El único precedente de este tipo de guerra era la antigua Roma, aunque incluso en aquel caso era unilateral; el Estado, es decir, Roma, luchaba contra bárbaros que no tenían una noción de la separación entre el Estado y la sociedad. Van Creveld afirma que la guerra entre las ciudades-Estado de Grecia no se puede considerar gue-

rra de Estado, porque no había una distinción clara entre el Estado y los ciudadanos. Los combates los libraban milicias ciudadanas, y los relatos de la época solían referirse a la guerra entre «los atenienses» y los «espartanos», más que entre «Atenas» y «Esparta».³ Entre la caída del Imperio romano y el final de la Edad Media, las guerras las llevaban a cabo diversos agentes —la Iglesia, señores feudales, tribus bárbaras, ciudades-Estado—, cada uno con sus formaciones militares particulares. La forma de lucha de los bárbaros se basaba, en general, en cultos guerreros, y cada guerrero era la unidad militar fundamental. Los señores feudales dependían de los caballeros, con sus códigos de honor y caballería y el apoyo de los siervos. Las ciudades-Estado del norte de Italia solían depender de milicias ciudadanas, igual que las antiguas ciudades-Estado de los griegos.

En las primeras etapas de la formación del Estado europeo, los monarcas reunían los ejércitos para las guerras a partir de coaliciones de señores feudales, más o menos igual que el secretario general de la ONU necesita hoy de las contribuciones voluntarias de los Estados para agrupar una fuerza de pacificación. Poco a poco, pudieron consolidar las fronteras territoriales y centralizar el mando mediante el uso de su creciente poder económico, procedente de los derechos de aduana, diversas modalidades de impuestos y préstamos de la incipiente burguesía, y lograron reunir ejércitos mercenarios que les daban cierta independencia de los señores. Sin embargo, esos ejércitos mercenarios resultaron poco fiables; no se podía contar con su lealtad. Además, se desperdigaban después de cada guerra o durante el invierno. El coste de la dispersión y el reagrupamiento, muchas veces, era prohibitivo y, en las temporadas de inactividad, los mercenarios podían hallar otras formas de ganarse la vida menos aceptables. Por todo ello, aquellos ejércitos fueron sustituidos gradualmente por ejércitos permanentes que permitieron a los monarcas crear fuerzas militares especializadas y profesionales. La implantación de prácticas y ejercicios, en la que fueron pioneros Gustavo Adolfo de Suecia y el príncipe Guillermo de Orange, mantuvo ocupado al ejército en los periodos en los que no había guerra abierta. Según Keegan, la creación de tropas de infantería permanentes y de *compagnies d'ordonnance*, o regimientos, se con-

virtió en el «método para garantizar el control de las fuerzas armadas por parte del Estado». Para alojarlas se crearon guarniciones que se convirtieron en «escuelas de la nación».⁴ Se introdujeron los uniformes para distinguir a los soldados de los civiles. Como dice Michael Roberts, «el soldado pasó a ser el hombre del rey, porque llevaba la chaqueta del rey».⁵ Literalmente, ya que los reyes se aficionaron cada vez más a vestir el uniforme militar para dejar claro su papel de jefes de los ejércitos.

El nuevo tipo de organización militar acabaría siendo típico de las ordenaciones administrativas que estaban surgiendo asociadas a la modernidad. El soldado era el agente de lo que Max Weber llamó la autoridad racional y legal:

«El oficial militar moderno es un tipo de oficial designado que se caracteriza claramente por ciertas distinciones de clase... En este sentido, dichos oficiales son radicalmente distintos de los jefes militares electos, los *condottieri* carismáticos, los oficiales que reclutan y dirigen ejércitos mercenarios como una empresa capitalista y los poseedores de cargos comprados. Pueden existir transiciones graduales entre todos estos tipos. El “contratado” patrimonial, que está apartado de los medios para llevar a cabo su función, y el propietario de un ejército mercenario con fines capitalistas, junto con el empresario capitalista privado, se han convertido en pioneros de la burocracia moderna».⁶

La creación de ejércitos permanentes bajo el mando del Estado fue parte integrante de la monopolización de la violencia legítima, inherente al Estado moderno. El interés de Estado se convirtió en la justificación legítima de la guerra, en sustitución de los conceptos de justicia —*ius ad bellum*— extraídos de la teología. La insistencia de Clausewitz en que la guerra es un instrumento racional para perseguir el interés del Estado —«la continuación de la política por otros medios»— constituyó una secularización de la legitimidad, paralela a la evolución en otros ámbitos. Cuando el interés de Estado se convirtió en la principal legitimación de la guerra, dejó de ser posible defender por medios violentos las reivindicaciones de causa justa por parte de otros agentes no estatales.

En el mismo sentido, se desarrollaron normas sobre lo que constituía la guerra legítima, que luego se plasmaron en las leyes de la guerra. Todos los tipos de conflicto se caracterizan por tener reglas; el propio hecho de que la guerra sea una actividad sancionada socialmente, que deba organizarse y justificarse, necesita normas. Hay una línea divisoria muy tenue entre la muerte aceptable socialmente y el asesinato rechazado por la sociedad. Pero esa línea se ha definido de formas diferentes en distintas épocas. En la Edad Media, las reglas de la guerra, *ius in bello*, derivaban de la autoridad papal. En el Estado moderno, era preciso desarrollar una nueva serie de reglas laicas. Según Van Creveld:

«Para distinguir la guerra del mero crimen, se la definió como una cosa emprendida por Estados soberanos, y sólo por ellos. A los soldados se les definió como el personal autorizado a involucrarse en violencia armada en nombre del Estado... Para obtener y conservar su licencia, los soldados tenían que estar cuidadosamente inscritos, marcados y controlados, con el fin de excluir a los que tenían patente de corso. Se suponía que sólo debían luchar cuando estaban de uniforme, llevar sus armas "a la descubierta" y obedecer a un jefe que pudiera asumir la responsabilidad de sus acciones. No debían recurrir a métodos "ruines" tales como violar treguas, volver a tomar las armas después de haber sido hechos prisioneros, etcétera. Se suponía que debían dejar tranquila a la población civil, siempre que lo permitieran "las necesidades militares"».⁷

Para poder financiar los ejércitos permanentes, hubo que regularizar la administración, la fiscalidad y los préstamos. Durante todo el siglo XVIII el gasto militar supuso las tres cuartas partes de los presupuestos estatales en la mayoría de los países europeos. Hubo que emprender reformas administrativas para mejorar la capacidad de recaudar impuestos; hubo que limitar la corrupción –si no eliminarla–, con el fin de evitar las «fugas».⁸ Fue preciso crear oficinas de guerra y secretarías de guerra para organizar y mejorar la rentabilidad de las inversiones. Para ampliar los préstamos, fue necesario regularizar el sistema

bancario y la acuñación de moneda, separar las finanzas del rey de las del Estado y, por último, crear bancos centrales.⁹

Del mismo modo, fue preciso encontrar otras formas de establecer la ley, el orden y la justicia en el territorio del Estado, para así asegurar la base de la que procedían los impuestos y los préstamos, así como por razones de legitimidad. Se estableció una especie de contrato implícito por el que los reyes ofrecían protección a cambio de fondos. La eliminación e ilegalización de forajidos, soldados con patente de corso y bandoleros eliminaron las formas privadas de «protección», por lo que la capacidad recaudatoria del rey aumentó enormemente y se creó la base para una actividad económica legítima. Es decir, paralelamente a la redefinición de la guerra como un conflicto entre Estados, como una actividad externa, se produjo el proceso que Anthony Giddens llama de pacificación interna, y que incluyó la implantación de relaciones monetarias –es decir, salarios y arriendos– en vez de una coacción más directa, la desaparición gradual de formas violentas de castigo como los azotes y la horca, y el establecimiento de organismos civiles para la recaudación de impuestos y la aplicación de las leyes internas. Fue especialmente importante la nueva distinción entre el ejército y la policía civil, responsable de mantener la ley y el orden en el interior del país.¹⁰

El proceso de monopolización de la violencia no fue suave e ininterrumpido, ni mucho menos, ni tampoco se produjo al mismo tiempo o de la misma manera en distintos Estados europeos. El Estado prusiano, creado después del Tratado de Westfalia a partir de los distintos territorios propiedad de la casa de Hohenzollern, suele considerarse un modelo. En el siglo XVIII, este Estado, que era una creación totalmente artificial, fue capaz de igualar el poder militar de Francia, con sólo la quinta parte de la población de ésta, gracias a la enérgica combinación de reformas militares y administración racional introducida por Federico Guillermo, el Gran Elector, y sus sucesores. Por el contrario, los reyes franceses se enfrentaban a continuas rebeliones de la nobleza y tenían enormes dificultades para regularizar la administración y recaudar los impuestos. Skocpol afirma que, a la hora de explicar la Revolución francesa, un elemento fundamental es la imposibilidad del *ancien régime* de desarrollar la

capacidad administrativa y financiera necesaria para llevar a cabo sus ambiciones militares.¹¹

Tampoco fue el proceso tan racional o funcional como sugiere esta descripción aséptica. Michael Roberts insistía en que fue la lógica militar la que dio pie a la formación de ejércitos permanentes. Pero es difícil distinguir las exigencias de la guerra de las de la consolidación nacional. El cardenal Richelieu estaba a favor de crear un ejército permanente porque lo consideraba un modo de controlar a los nobles. Rousseau afirmó siempre que la guerra estaba dirigida contra los súbditos, tanto como contra otros Estados:

«Una vez más, cualquiera puede entender que la guerra y la conquista en el exterior y los abusos del despotismo en el interior se apoyan mutuamente; que es habitual arrebatar hombres y dinero a un pueblo de esclavos para arrastrar a otros bajo el mismo yugo; y que, a la inversa, la guerra ofrece un pretexto para la exacción de dinero y otro, igualmente plausible, para mantener grandes ejércitos constantemente dispuestos y tener al pueblo dominado. En una palabra, cualquiera puede ver que los príncipes agresores llevan a cabo la guerra tanto contra sus súbditos como contra sus enemigos, y que la nación conquistadora, muchas veces, no queda en mejor estado que la conquistada».¹²

Aunque se afirmaba que el objetivo de la guerra era el interés racional del Estado, siempre han hecho falta causas más profundas para inspirar lealtad y convencer a los hombres de que arriesgaran sus vidas. Al fin y al cabo, fue el fervor religioso lo que inspiró al Nuevo Ejército de Cromwell, que fue el primer ejemplo de una fuerza profesional moderna. Con frecuencia se atribuye el éxito prusiano a la fuerza del luteranismo.

A finales del siglo XVIII, era posible definir la actividad social específica que denominamos guerra. Se podía situar en el contexto de toda una serie de nuevas distinciones características del Estado en desarrollo. Eran las siguientes:

- la distinción entre lo público y lo privado, entre el ámbito de actividad del Estado y el de la actividad no estatal;

- la distinción entre lo interno y lo externo, entre lo que ocurría dentro del territorio claramente definido del Estado y lo que ocurría fuera;
- la distinción entre lo económico y lo político, unida al ascenso del capitalismo, la separación de la actividad económica privada de las actividades públicas del Estado y la eliminación de la coacción física de las actividades económicas;
- la distinción entre lo civil y lo militar, entre la relación interna legal y no violenta y la lucha externa violenta, entre la sociedad civil y la barbarie;
- la distinción entre el portador legítimo de armas y el no combatiente o el criminal.

Sobre todo, surgió la propia distinción entre la guerra y la paz. En vez de la actividad violenta más o menos continua, la guerra se convirtió en un suceso diferenciado, una aberración en lo que parecía ser una evolución progresiva hacia una sociedad civil, no en el sentido actual de una ciudadanía activa y unas ONG organizadas, sino en el sentido de la seguridad cotidiana, la paz interna, el respeto a la ley y la justicia. Se hizo posible pensar en la «paz perpetua». Aunque muchos de los grandes pensadores liberales comprendieron la relación entre la consolidación del Estado y la guerra, también adelantaron que un intercambio cada vez mayor entre los Estados y una responsabilidad creciente de los Estados frente a un público informado podría ser el prelude de una Europa más integrada y un mundo más pacífico, una extensión de la sociedad civil más allá de las fronteras nacionales. Al fin y al cabo, fue Kant quien destacó, en 1795, que la comunidad mundial se había reducido hasta el punto de que «un derecho violado en cualquier lugar podía sentirse en todas partes».¹³

Clausewitz y las guerras del siglo XIX

Clausewitz empezó a escribir *De la guerra* en 1816, un año después de que acabaran las guerras napoleónicas. Había participado en la guerra, en el bando de los perdedores, y había sido

hecho prisionero; y el libro está profundamente influido por su experiencia. Las guerras napoleónicas fueron las primeras guerras populares. Napoleón introdujo el reclutamiento obligatorio, la *levée en masse*, en 1793, y en 1794 tenía 1.169.000 hombres en armas: la mayor fuerza militar existente hasta entonces en Europa. La tesis central de *De la guerra*, sobre todo el primer capítulo, que era el único que Clausewitz consideraba completo, es que la guerra tiende hacia los extremismos. La guerra está formada por tres niveles: el nivel del Estado o los dirigentes políticos, el del ejército o los generales y el del pueblo. En líneas generales, esos tres niveles actúan a través de la razón, el azar y la estrategia, y la emoción. De esta descripción trinitaria de la guerra, Clausewitz deducía su concepto de guerra absoluta. La mejor forma de interpretar la guerra absoluta es como un concepto abstracto o ideal hegeliano; lo que puede derivarse de la lógica de los tres niveles diferentes es la tendencia interna de la guerra. Tiene su propia existencia, que está en tensión con las realidades empíricas.

La lógica estaba expresada como tres «acciones recíprocas». En el plano político, el Estado siempre se encuentra con resistencia para lograr sus objetivos y, por tanto, tiene que ejercer más fuerza. En el plano militar, la meta tiene que ser desarmar al enemigo para lograr el objetivo político; si no es así, existe el peligro de un contraataque. Y, por último, la fuerza de voluntad depende de los sentimientos populares; la guerra desata pasiones y hostilidades que pueden ser incontrolables. Para Clausewitz, la guerra era una actividad racional, aunque se pusieran las emociones y los sentimientos a su servicio. En este sentido, es también una actividad moderna, basada en consideraciones laicas y no limitada por prohibiciones derivadas de concepciones prerracionales del mundo.

La guerra real se distingue de la abstracta por dos razones fundamentales, política y militar. En primer lugar, el objetivo político puede ser limitado o el respaldo popular puede ser insuficiente:

«Cuanto más violento sea el apasionamiento que precede a una guerra, mucho más se acercará la guerra a su forma abs-

tracta, mucho más dirigida estará hacia la destrucción del enemigo, mucho más coincidirán los fines militares y políticos, mucho más puramente militar y menos política parecerá ser la guerra, pero cuanto más débiles sean los motivos y las tensiones, mucho menos coincidirá la dirección natural del factor militar –es decir, la fuerza– con la dirección que indique el factor político, y, por tanto, mucho más tendrá que desviarse la guerra de su dirección natural».¹⁴

En segundo lugar, la guerra siempre se caracteriza por lo que Clausewitz llama «fricción» –problemas de logística, información escasa, tiempo inseguro, indisciplina, terreno difícil, organización inadecuada, y así sucesivamente–, que hace que el conflicto pierda velocidad y sea diferente, en la realidad, a los planes sobre el papel. La guerra, dice Clausewitz, es un «medio resistente» en el que la incertidumbre, la inflexibilidad y las circunstancias imprevistas desempeñan sus respectivos papeles. La guerra real es el resultado de la tensión entre las limitaciones políticas y prácticas y la tendencia interna a la guerra absoluta.

A medida que las fuerzas iban creciendo de tamaño, cada vez era más difícil que una sola persona se encargase de la organización y el mando. Por tanto, había una necesidad creciente de una teoría estratégica que pudiera suministrar la base para un discurso común sobre la guerra, a través del cual fuera posible dirigirla. Como dice Simkin, era necesaria una «jerga» que sirviera de guía para las doctrinas militares comunes y lo que más tarde se conocería como procedimientos operativos normalizados.¹⁵

Clausewitz echó los cimientos de un pensamiento estratégico que se fue desarrollando durante los siglos XIX y XX. Las dos teorías fundamentales de la guerra –la teoría del desgaste y la teoría de la maniobra– aparecieron desarrolladas por primera vez en *De la guerra*, junto a su tratamiento del ataque y la defensa y de la concentración y la dispersión. La teoría del desgaste significa conseguir la victoria agotando al enemigo, imponiéndole un índice de bajas más alto, o «índice de desgaste». La teoría del desgaste suele ir asociada a las estrategias defensivas y a las grandes concentraciones de fuerza. La teoría de la ma-

niobra se basa en la sorpresa y la capacidad de adelantarse. En este caso, la movilidad y la dispersión son importantes para crear incertidumbre y lograr rapidez. Como destacó Clausewitz, ambas teorías son forzosamente complementarias. Es muy difícil conseguir una victoria decisiva mediante el desgaste. Pero, al mismo tiempo, una estrategia basada en la maniobra acaba necesitando una situación de superioridad para triunfar.

La conclusión más destacada de *De la guerra* es la importancia de contar con una fuerza abrumadora y estar dispuesto a usarla. Este factor, aparentemente sencillo, no era tan evidente a principios del siglo XIX, cuando Clausewitz escribió su obra. En el siglo XVIII, las guerras se libraban, en general, con prudencia, para conservar las fuerzas profesionales. Había tendencia a evitar el combate; se preferían los asedios defensivos a los ataques ofensivos; las campañas se interrumpían en invierno y las retiradas estratégicas eran frecuentes. Para Clausewitz, la batalla era la «actividad singular de la guerra»; era el momento decisivo, que él comparaba al pago en efectivo en el mercado. La movilización de la fuerza y su aplicación eran los factores más importantes para decidir el resultado de la guerra:

«Dado que el uso del poder físico, hasta el máximo extremo, no excluye en absoluto la cooperación de la inteligencia, se deduce que el que usa la fuerza de forma implacable, sin referencia al derramamiento de sangre subsiguiente, debe obtener cierta superioridad si su adversario la aplica con menos vigor. Entonces, el primero dicta la ley al segundo, y ambos se deslizan hacia extremos cuyas únicas limitaciones son las que impone la cantidad de fuerza que cada lado emplee para contrarrestar al otro».¹⁶

El modelo napoleónico de movilización de todos los ciudadanos no se repetiría hasta la primera guerra mundial. Sin embargo, varios hechos ocurridos durante el siglo XIX acercaron más la versión de Clausewitz de la guerra moderna a la realidad. Uno fue el avance espectacular en la tecnología industrial, que empezó a aplicarse al campo militar. Fue especialmente importante el desarrollo del ferrocarril y el telégrafo, que permitió

movilizar a los ejércitos con mucha más amplitud y mucha más rapidez; estas técnicas se usaron, con grandes resultados, en la guerra franco-prusiana, que terminó con la unificación de Alemania, en 1871. La producción masiva de armas, sobre todo armas cortas, comenzó en Estados Unidos, hasta el punto de que se dice a menudo que la guerra civil norteamericana fue la primera guerra industrializada. El desarrollo de la tecnología militar fue un motivo para que el Estado extendiera su actividad al ámbito industrial. La carrera de armamento naval de finales del siglo XIX supuso la aparición de lo que más tarde se denominaría el complejo militar-industrial, tanto en Alemania como en Gran Bretaña.

Un segundo dato fue la importancia creciente de las alianzas. Si lo que contaba en la guerra era disponer de una fuerza abrumadora, esa fuerza se podía incrementar mediante alianzas. A finales del siglo XIX, las alianzas empezaron a consolidarse: un motivo fundamental por el que todas las grandes potencias se vieron arrastradas a la primera guerra mundial.

Un tercer hecho significativo fue la codificación de las leyes de la guerra, iniciada a mitad del siglo XIX con la Declaración de París (1856), que regulaba el comercio marítimo en tiempo de guerra. En la guerra civil norteamericana, se contrató a un destacado jurista alemán para que elaborara el llamado Código Lieber, que establecía las normas y los principios básicos de la guerra terrestre y trataba a los rebeldes como enemigos internacionales. La Convención de Ginebra, de 1864 (inspirada por Henri Dunant, fundador de la Cruz Roja Internacional), la Declaración de San Petersburgo, de 1868, las Conferencias de La Haya, de 1899 y 1907, y la Conferencia de Londres, de 1908, contribuyeron a crear un conjunto de leyes internacionales sobre la conducción de la guerra: el tratamiento de los prisioneros, los enfermos y los heridos, así como de los no combatientes, el concepto de «necesidad militar» y la definición de las armas y las tácticas que no se ajustaban a dicho concepto. Aunque no siempre se observaban estas normas, ayudaron significativamente a delinear lo que constituye guerra legítima y los límites para la aplicación de la fuerza sin reparos. En cierto sentido, fueron un intento de conservar la noción de guerra

como instrumento racional de la política del Estado, en un contexto en el que la lógica de la guerra y sus tendencias extremistas combinadas con una capacidad tecnológica creciente estaban produciendo niveles cada vez mayores de destrucción.¹⁷

En resumen, la guerra moderna, tal como se desarrolló en el siglo XIX, incluía la guerra entre Estados, con un énfasis cada vez mayor en la dimensión y la movilidad, y una necesidad creciente de organización «racional» y doctrina «científica» para dirigir unos contingentes de fuerza tan grandes.

Las guerras totales del siglo XX

En la obra de Clausewitz siempre había una tensión entre su insistencia en la razón y su énfasis en la voluntad y la emoción. Los personajes centrales de *De la guerra* son hombres de genio y héroes militares; el tejido del libro está hecho de sentimientos como patriotismo, honor y valentía. Sin embargo, también son importantes sus conclusiones sobre el carácter instrumental de la guerra, la importancia de la dimensión y la necesidad de una conceptualización analítica de la guerra. En realidad, las tensiones entre razón y emoción, arte y ciencia, desgaste y maniobra, defensa y ataque, instrumentalismo y extremismo, constituyen los elementos clave del pensamiento de Clausewitz. Y puede decirse que esas tensiones alcanzaron su punto de ruptura en el siglo XX.

En primer lugar, las guerras de la primera mitad del siglo XX fueron guerras totales, que incluyeron una amplia movilización de energías nacionales, tanto para luchar como para apoyar la lucha mediante la producción de armas y otros artículos. Clausewitz no podía haber previsto la asombrosa combinación de producción de masas, política de masas y medios de comunicación de masas, utilizados para la destrucción masiva. No obstante, la guerra en el siglo XX se ha acercado muchísimo a la noción de guerra absoluta de Clausewitz, con su culminación en el descubrimiento de las armas nucleares que, en teoría, podrían provocar la destrucción total sin ninguna «fricción». Sin embargo, al mismo tiempo, algunas de las características de las

nuevas guerras estaban ya anunciadas en las guerras totales del siglo XX. En una guerra total, la esfera pública intenta integrar a toda la sociedad y eliminar, de esa forma, la distinción entre lo público y lo privado. De la misma manera, empieza a difuminarse la distinción entre lo militar y lo civil, entre combatientes y no combatientes. En la primera guerra mundial, los objetivos económicos se consideraron blancos militares legítimos. En la segunda guerra mundial, el término «genocidio» entró a formar parte del lenguaje legal, como consecuencia de la exterminación de los judíos.¹⁸ En el bando aliado, el bombardeo indiscriminado de civiles, que causó una destrucción de proporciones genocidas (aunque no llegase al grado de exterminación realizado por los nazis), se justificó por que había que minar la moral del enemigo, por que era una «necesidad militar», para emplear el lenguaje de las leyes de la guerra.

En segundo lugar, a medida que la guerra afectaba cada vez a más gente, su justificación en virtud de los intereses del Estado se fue vaciando de contenido, si es que alguna vez había tenido una validez convincente. La guerra, como señala Van Creveld, es una prueba de que los hombres no son egoístas. Ningún cálculo utilitario e individualista puede justificar el hecho de arriesgarse a morir. El principal motivo por el que los ejércitos mercenarios eran tan insatisfactorios es que el incentivo económico es, por su propia naturaleza, insuficiente como motivación para guerrear. Lo mismo ocurre con el «interés de Estado», un concepto que deriva de la misma escuela de pensamiento positivista que engendró la economía moderna. Los hombres van a la guerra por diversas razones individuales —aventura, honor, miedo, camaradería, protección de «la casa y el hogar»—, pero la violencia legítima, socialmente organizada, necesita un objetivo común en el que cada soldado pueda creer y que pueda compartir con los demás. Para que los soldados sean considerados héroes y no criminales, es necesaria una justificación heroica que movilice sus energías y les convenza de matar y arriesgarse a que les maten.

En la primera guerra mundial, el patriotismo parecía lo bastante poderoso como para exigir el sacrificio, y millones de jóvenes se presentaron voluntarios para luchar en nombre de la patria y el rey. La terrible experiencia de la guerra produjo desi-

lusión y desesperanza, así como una atracción hacia causas más abstractas: lo que Gellner llama las religiones seculares.¹⁹ Para las naciones aliadas, la segunda guerra mundial fue literalmente una guerra contra el mal; se movilizó a sociedades enteras con la conciencia –que sus predecesores de la primera guerra mundial no tenían– de lo que entrañaba la guerra: la lucha contra el nazismo y la protección de sus formas de vida. Lucharon en nombre de la democracia o el socialismo contra el fascismo. En la guerra fría, se acudió a esas mismas ideologías para justificar la continua carrera de armamentos. Con el fin de respaldar la amenaza de destrucción masiva, se presentó el enfrentamiento como una lucha del bien contra el mal con arreglo a la experiencia de la guerra. El hecho de que esta explicación fuera poco convincente o insuficiente es seguramente el principal motivo del fracaso de las intervenciones militares después de la guerra, especialmente la intervención estadounidense en Vietnam y la intervención soviética en Afganistán. Los obstáculos para el triunfo de la contrainsurgencia se han analizado con detalle, pero el argumento fundamental es que los soldados no se sentían héroes. Estaban en países lejanos en los que no estaba claro quién tenía razón y quién no. En el mejor de los casos, los participantes en esos conflictos se sentían peones en un juego de alta política que no lograban comprender; en el peor, se sentían asesinos. En Estados Unidos –aunque no en Rusia, que repitió el mismo error en Chechenia–, donde los dirigentes políticos tienen muy en cuenta la opinión pública, aquella experiencia produjo un profundo rechazo a correr el riesgo de tener bajas entre sus hombres. Como consecuencia, se han desarrollado estrategias basadas, sobre todo, en la fuerza aérea, que puede aplicarse sin poner en peligro vidas americanas, lo que Edward Luttwak llama la «guerra posheroica».²⁰

Gabriel Kolko, en su obra monumental sobre la guerra en el siglo xx,²¹ afirma que los conflictos siempre los inicia «un puñado de hombres» que padecen «ceguera sancionada por la sociedad». Los líderes políticos actúan con el consenso de un grupo escogido que excluye a los que no están de acuerdo y, por consiguiente, hay una transmisión de falsas informaciones e ilusiones engañosas sobre lo que implica una guerra. El argu-

mento de Kolko refuerza la tesis de que las democracias tienen menos probabilidades de verse envueltas en guerras. Desde luego, unos líderes a los que se exige más responsabilidad deberían ser menos propicios a embarcarse en aventuras imposibles. Sin embargo, en el caso de la primera guerra mundial, los hombres y mujeres corrientes parecieron compartir la ceguera de los dirigentes políticos. En el caso de la segunda guerra mundial, al menos en Gran Bretaña, la opinión pública fue probablemente más beligerante que los líderes políticos, que intentaban apaciguar las cosas. Pero emprender una guerra no es más que el principio; lo que importa, a la hora de sostenerla, es en qué medida los que participan en ella consideran que el objetivo del conflicto es legítimo. La guerra es una actividad paradójica. Por un lado, es un acto de extrema coacción, que implica un orden social organizado, disciplina, jerarquía y obediencia. Por otro, necesita lealtad, devoción y fe por parte de cada individuo. Lo que el periodo posterior a la guerra ha dejado claro es que existen pocas causas que constituyan un objetivo legítimo para la guerra y por las que la gente esté dispuesta a morir.

En realidad, la idea de que la guerra es ilegítima empezó a lograr aceptación ya después del trauma de la primera guerra mundial. El Pacto Kellogg-Briand de 1928 rechazaba la guerra como «instrumento político», salvo en casos de defensa propia. Esta prohibición se reforzó en los juicios de Nuremberg y Tokio, en los que se procesó a los líderes alemanes y japoneses por «planear una guerra de agresión», y quedó codificada en la Carta de las Naciones Unidas. Hoy en día, parece haberse generalizado la idea de que el uso de la fuerza sólo se justifica en defensa propia o si está sancionado por la comunidad internacional, en especial el Consejo de Seguridad de la ONU.

En tercer lugar, las técnicas de la guerra moderna se han desarrollado hasta el punto de disminuir notablemente su utilidad. Los grandes buques de guerra de finales del siglo xix acabaron siendo más o menos irrelevantes en la primera guerra mundial. Lo que importaba era la potencia de fuego producida en masa. La primera guerra mundial fue una guerra defensiva de desgaste en la que las ametralladoras acribillaban a filas y filas de

jóvenes, dirigidos por generales que se habían formado en la escuela estratégica decimonónica del uso sin reservas de la fuerza. Hacia el final de la guerra, la introducción de tanques y aviones permitió un avance ofensivo que hizo posible el tipo de guerra de maniobras que caracterizaría después a la segunda guerra mundial. En el periodo posterior a la guerra, el aumento del carácter letal y la precisión de todas las municiones, en parte, al menos, debido a la revolución en la electrónica, aumentó enormemente la vulnerabilidad de todos los sistemas de armamento. Las plataformas de armas de la segunda guerra mundial se han hecho extraordinariamente complejas y costosas, por lo que su utilidad ha disminuido debido a los costes y las exigencias logísticas, además de que las mejoras de rendimiento son cada vez menores.²² En este periodo aumentaron considerablemente los problemas de movilización e inflexibilidad y los riesgos del desgaste, hasta hacer casi prohibitivo montar una operación importante salvo que sea contra un enemigo claramente inferior, como en el caso de la guerra de las Malvinas de 1982 o las operaciones del Golfo en 1991.

La conclusión lógica de la trayectoria tecnológica de la guerra moderna la constituyen, por supuesto, las armas de destrucción masiva, especialmente las armas nucleares. Una guerra nuclear sería aquella en la que se aplicara una medida extrema de fuerza en cuestión de minutos. Pero ¿qué propósito racional podría justificar nunca su uso? En el periodo posterior a la guerra, muchos pensadores estratégicos han reflexionado sobre este problema. ¿Acaso las armas nucleares no anulan la premisa de la guerra moderna, el interés de Estado?²³

Por último, en la posguerra las alianzas se hicieron más rígidas, de forma que la distinción entre lo interno y lo externo también se ha deteriorado. Ya en la segunda guerra mundial se vio con claridad que los Estados-nación no podían llevar a cabo las guerras de forma individual y unilateral. Esta lección se aplicó en la formación de las alianzas de posguerra. Los sistemas de mando integrado establecieron una división militar del trabajo en la que las superpotencias eran las únicas con capacidad independiente de llevar a cabo guerras declaradas. En la práctica, después de la guerra, los países europeos abandonaron uno de

los atributos esenciales de la soberanía –el monopolio de la violencia organizada legítima– y, al menos en Europa occidental, lo que en realidad era una sociedad civil transnacional se extendió a un grupo de naciones. Existe un amplio debate sobre la conclusión de las ciencias sociales de que las democracias no se declaran guerras entre sí.²⁴ Pero, curiosamente, lo que no se discute es la integración transnacional de las fuerzas militares, que proporciona una limitación práctica contra la guerra. Claus Offe tiene un argumento parecido sobre las revoluciones de 1989 en Europa del Este; la razón por la que fueron tan pacíficas, afirma, fue la integración de las fuerzas militares en el Pacto de Varsovia, y eso explica, al mismo tiempo, la excepción de Rumania.²⁵

Fuera de las alianzas, se estableció una red de conexiones militares a través de alianzas menos estrictas, el comercio de armas y el ofrecimiento de ayuda y formación militar, que crearon una serie de relaciones entre patrono y cliente que, a su vez, inhibieron la capacidad de declarar guerras de forma unilateral. Desde 1945 ha habido muy pocas guerras entre Estados, y éstas (India y Pakistán, Grecia y Turquía, Israel y los Estados Árabes) se vieron limitadas, en general, por la intervención de las superpotencias. La excepción que confirma la regla fue la guerra entre Irán e Irak. Este conflicto duró ocho años y pudo librarse de forma unilateral gracias a que disponían de los ingresos del petróleo. Ambos bandos aprendieron la inutilidad de la guerra moderna convencional. Citando de nuevo a Van Creveld:

«Un millón de bajas más tarde, aproximadamente, los beligerantes se encontraban de nuevo en sus puntos de partida. Los iraníes aprendieron que, ante una potencia de fuego gigantesca, a la que se añadía el gas, sus jóvenes soldados fanáticos no iban a poder avanzar más que en la ruta hacia el cielo. Los iraquíes aprendieron que la superioridad convencional, por sí sola, era incapaz de infligir una derrota significativa a un gran país con casi el triple de su población. Ambos bandos se vieron constantemente obstaculizados por el miedo a que, si se interrumpía en serio el caudal de petróleo, su conflicto atraería la intervención de las superpotencias. Ambos querían un alto el fuego y se sintieron aliviados cuando, por fin, se firmó».²⁶

El deterioro de las distinciones entre lo público y lo privado, lo militar y lo civil, lo interior y lo exterior, también pone en tela de juicio la propia distinción entre guerra y paz. La segunda guerra mundial fue una guerra total y representó una fusión entre guerra, Estado y sociedad, una fusión que siguió caracterizando a las sociedades totalitarias. La guerra fría sostuvo una especie de psicosis de guerra permanente basada en la teoría de la disuasión, que queda magníficamente resumida en el lema «la guerra es la paz», de la obra de George Orwell 1984. La guerra fría mantuvo viva la idea de guerra al mismo tiempo que evitaba su realidad. Se suponía que el mantenimiento de grandes ejércitos permanentes integrados en alianzas militares, la carrera continuada de armamento tecnológico y los niveles de gasto militar, hasta entonces jamás experimentados en tiempo de paz, debían garantizar la paz porque no estalló en suelo europeo ninguna guerra tan sencilla que encajara en el esquema descrito en este capítulo. Simultáneamente, en todo el mundo—incluida Europa—se produjeron muchos conflictos en los que murió más gente que en la segunda guerra mundial. Pero como estas guerras no se ajustaban a nuestra concepción de la guerra, no fueron tenidas en cuenta.

Las guerras irregulares e informales de la segunda mitad del siglo XX, empezando por los movimientos de resistencia durante la guerra y la guerra de guerrillas de Mao Zedong y sus sucesores, son el prelude de nuevas formas de guerra. Los actores, las técnicas y las contratécnicas que surgieron de las grietas de la guerra moderna iban a proporcionar la base para nuevas formas de violencia socialmente organizada. Durante la guerra fría, su carácter quedó oscurecido por el dominio del conflicto Este-Oeste; se consideraron una parte periférica del conflicto central. Pero ya antes del final de la guerra fría, cuando la amenaza de otra «guerra moderna» empezaba verdaderamente a retroceder, empezamos a ser conscientes de lo que Luttwak denomina la nueva belicosidad.

3 Bosnia-Herzegovina: estudio de una nueva guerra

La guerra de Bosnia-Herzegovina se desarrolló desde el 6 de abril de 1992 hasta el 12 de octubre de 1995, cuando entró en vigor un acuerdo de alto el fuego promovido por el vicesecretario de Estado norteamericano Richard Holbrooke.¹ Murieron unas 260.000 personas y aproximadamente dos tercios de los habitantes se vieron desplazados de sus hogares. Se produjeron violaciones de los derechos humanos a gran escala, comprendidas detenciones forzosas, torturas, violaciones y castraciones. Se destruyeron muchos monumentos históricos de valor incalculable.

La guerra de Bosnia-Herzegovina se ha convertido en el ejemplo arquetípico, el paradigma del nuevo tipo de guerra. Hay otras muchas guerras en el mundo, como indicó—con gran falta de sensibilidad—Boutros Boutros-Ghali a los ciudadanos de Sarajevo en su visita a la ciudad, el 31 de diciembre de 1992. Si las tragedias humanas se pueden medir en cifras, es posible asegurar, como hizo él, que han ocurrido cosas más terribles en otros lugares.² Pero la guerra de Bosnia-Herzegovina se introdujo en la conciencia mundial como ninguna otra guerra reciente.

La guerra suscitó un enorme esfuerzo internacional, que incluyó negociaciones políticas de alto nivel con la participación de todas las grandes potencias, los esfuerzos humanitarios de instituciones internacionales y ONG, y una gran atención por parte de los medios de comunicación. Se consolidaron y se destruyeron carreras personales y se decidió, al menos en parte, la situación del mundo después de la guerra fría: la penosa incapacidad de la política exterior de la UE, los fallos de la ONU, el regreso de Estados Unidos, la redefinición del papel de Rusia. La actual presencia masiva de las tropas de la OTAN y las de los países de la